

Robert H. STECKEL Y Jerome C. ROSE, *The Backbone of History. Health and Nutrition in the Western Hemisphere*. Cambridge University Press, 2002.

En 1984 los antropólogos físicos dedicados al estudio de las poblaciones antiguas, encontramos en el recién publicado *Paleopathology in the Origins of Agriculture* (Cohen y Armelagos, 1984), un esquema teórico metodológico, basado en el concepto de estrés, para estudiar las condiciones de vida de las poblaciones del pasado que desde entonces conocimos como el modelo de Goodman y Martin.

Este planteamiento, junto con otros trabajos, fue llevado por sus autores a la reunión anual de la Asociación de Historia Económica y presentado en la sesión sobre “La revolución neolítica”. En esta reunión Richard Steckel vislumbró el potencial de investigación que representaba la investigación osteológica y la interpretación de sus resultados en el marco de la historia económica; al discutir el tema, tanto Jerome Rose como Steckel estuvieron de acuerdo en que ambas disciplinas tenían mucho que aprender una de la otra.

En 1990, a propósito de la celebración de los 500 años del descubrimiento de América, ambos investigadores convocaron a los antropólogos físicos e historiadores interesados en las poblaciones del pasado, a una reunión auspiciada por la Ohio State University y la Wenner-Gren Foundation, con el objetivo de proponer un proyecto de investigación a gran escala con el nombre “La historia de la salud y la nutrición en el Hemisferio Occidental”, el cual dio inicio en 1993. Sus principales objetivos eran:

- 1) Proporcionar a los historiadores el entrenamiento necesario en las técnicas de la osteología.
- 2) Reunir suficientes series osteológicas para obtener muestras de poblaciones representativas de cada región de América.
- 3) Elaborar una cédula estandarizada para recopilar los datos sobre salud y nutrición de cada serie osteológica.
- 4) Construir una metodología única para interpretación de resultados.
- 5) Conformar equipos de investigación interdisciplinaria encabezados por un antropólogo físico y un historiador especialistas en cada región de las que procedían las series osteológicas.
- 6) Una publicación final para dar a conocer los resultados de este proyecto.

La publicación de la obra *The Backbone of History*, representa la culminación de los objetivos planteados en ese proyecto. A partir de una base de datos con la información de 12 520 esqueletos, nos ofrece un panorama de la salud y la nutrición de poblaciones que habitaron diferentes regiones de América en un lapso de más de tres mil años.

La obra está dividida en nueve apartados, el primero y el segundo de ellos tienen el objetivo de relatar los antecedentes metodológicos y el planteamiento teórico del proyecto, aunque por su trascendencia y el impacto causado en el mundo antropológico el más importante, a mi parecer, es el dedicado a la discusión de la metodología (segundo apartado), donde el lector encontrará las especificidades del multicitado modelo de Goodman y Martin, la descripción, justificación y estandarización de los ocho indicadores de dicho modelo, así como las variables ecológicas, de economía política y de historia que fueron consideradas para interpretar los resultados obtenidos para cada sitio estudiado.

Un tema que se desprende de este apartado es el concerniente a la construcción del índice de salud, una propuesta metodológica para hacer comparables los datos de salud de las diferentes poblaciones. Su clasificación va del 100, para calificar a las poblaciones con buenas condiciones de vida hasta

el cero, que denotaría un estado deplorable de salud y nutrición. Aunque su construcción es sencilla, basada en la presencia de cada indicador en una serie, la interpretación de los resultados muchas veces es demasiado lineal, sin tomar en consideración que frecuentemente los esqueletos no muestran huellas de lesiones debido a una muerte rápida –como sería el caso de las mortandades masivas por epidemia– y obtienen una calificación muy alta, comparables con poblaciones con buenas condiciones de vida; sin embargo al analizar el entorno social y económico de esa población, los resultados indican otra cosa. Los editores mismos reconocen que aún faltaría mucho por depurar en cuanto a los resultados y la metodología, y habría que considerar otros indicadores, no obstante este primer esfuerzo de integración es muy valioso.

Otro tema que se desprende de este mismo apartado es el paleodemográfico. Robert McCaa, reconocido demógrafo histórico que rara vez ha tenido contacto con los trabajos osteológicos, fue el encargado de su elaboración. Su percepción sobre la potencialidad de este campo es muy pobre debido principalmente al desconocimiento de la metodología osteológica, y aunque no dejó de reconocer que tiene sus limitaciones, sus estimaciones son bastante certeras. Por otro lado, el análisis paleodemográfico exige del concurso de la interpretación antropológica para hacer comprensibles los interminables listados de números que terminan por diluir las especificidades culturales de cada región, agrupándolos por indicadores que nada dicen. Los colegas interesados en el tema habrán de leer el capítulo con detenimiento, pues por otro lado postula uno de los recientes descubrimientos de la investigación paleodemográfica: los niveles de la mortalidad en niños menores de un año representan los niveles de fecundidad de una población. Su argumentación y explicación en este sentido es precisa y fundamentada.

El tercer apartado contiene los resultados de salud y condiciones de vida de los inmigrantes al Nuevo Mundo, tanto euroamericanos como afroamericanos –y sus descendientes– asentados en los actuales territorios de Estados Unidos y Canadá. La calidad de vida de la población negra, libreta o esclava, de irlandeses e italianos, es abordada desde diversos enfoques. Quizás el más interesante e innovador es el que hace alusión a los estudios osteológicos con series que proceden de los grandes cementerios militares, como el de Gettysburg y la metodología empleada para poder diferenciar huellas de lesiones producto de las batallas, de aquellas producto de una deficiente calidad de vida.

Después siguen tres apartados dedicados a las poblaciones nativas americanas: Norteamérica, Mesoamérica y América Central y América del Sur, dando un panorama de lo que fue la salud en esos lugares antes y después de

la llegada de los españoles. El análisis osteológico de series procedentes de los cementerios de las distintas reservaciones indias en Estados Unidos, de diversos sitios arqueológicos de la Mesoamérica prehispánica y del México colonial, así como de poblaciones antiguas de Ecuador y de Brasil, constatan que el proceso de conquista llevado a cabo por los europeos, significó no sólo la ruptura del orden social, sino también la ruptura del equilibrio ecológico de las regiones conquistadas, cuyo impacto negativo en las condiciones materiales de existencia y estilos de vida de las poblaciones afectadas significó, en muchos casos, la casi extinción de dichas poblaciones, dejando a los sobrevivientes a merced de hambrunas y nuevas enfermedades.

El séptimo apartado constituye, a mi modo de ver, el corazón de este libro, pues en él se describen e identifican los patrones de salud y sus variantes de acuerdo con la región estudiada, sus posibles explicaciones e implicaciones para las poblaciones afectadas. El índice de salud tiene un rango promedio que va de 64.0 —que corresponde a las poblaciones prehispánicas mesoamericanas— a 78.1 —poblaciones nativas americanas que habitaron la región oriental del actual territorio estadounidense. Los indicadores con una correlación estadística significativa fueron la estatura, la anemia y la hipoplasia del esmalte, indicadores que denotan problemas de nutrición o de una adecuada asimilación de nutrientes y que por lo tanto están relacionados con las variables ecológicas como fuentes de recursos alimenticios, vegetación, topografía, clima, elevación sobre el nivel del mar y patrón de asentamiento. Vale la pena leer detenida y críticamente los resultados obtenidos para cada región, sus variantes y el peso de los indicadores en cada caso, pues de ellas es posible desprender futuras hipótesis de trabajo, tomando en consideración que los determinantes de la salud no sólo son aquellos de origen biológico sino que residen en las condiciones materiales de existencia y en los estilos de vida.

A manera de resumen y conclusión, los autores de este apartado comentan que las implicaciones de la transición a la vida sedentaria y dependiente de la agricultura, de acuerdo con los resultados de este proyecto, no fueron muy buenas para los antiguos habitantes de América. Los individuos más sanos, fuertes y con mayor estatura están representados en las series de cazadores recolectores y de aquellos que vivían en asentamientos dispersos. Aunque desde hace más de una década se han reconocido las consecuencias adversas del proceso de urbanización, las evidencias empíricas establecen una larga secuela de enfermedades vinculadas con el desarrollo de las civilizaciones modernas. Los resultados del proyecto demuestran que la salud de las poblaciones aborígenes americanas se deterioró mucho antes de la llegada de Colón a

América. Las poblaciones autóctonas americanas más sanas fueron las que vivieron varios miles de años antes, pues tenían menos enfermedades crónicas que los grupos euroamericanos, afroamericanos o los propios nativos americanos que vivieron miles de años después. Estos antiguos americanos se organizaron en pequeñas bandas y no malgastaron ni esfuerzos en la construcción de edificios y monumentos. Su dieta era lo suficientemente rica y variada para evitar los síntomas de enfermedades vinculadas con deficiencias alimenticias durante la niñez como la detención del crecimiento, anemias e hipoplasias del esmalte. Vivieron con pocos bienes materiales y lo suficientemente aislados para evitar las infecciones. Su gran movilidad evitó la proliferación de enfermedades originadas por la acumulación de desechos orgánicos y corporales, como la parasitosis. La mayoría de los adultos tenían grandes cargas de trabajo; las enfermedades crónico-degenerativas, como la artritis, las infecciones óseas y la atrición dental, raramente tomaban un viso significativo en la población, pues rara vez sobrevivían más de 50 años.

Al pasar los milenios, los asentamientos se volvieron más densos y más complejos, por razones que no hemos llegado a comprender plenamente. Los líderes de estas poblaciones tal vez propiciaron este cambio como una respuesta ante la escasez de recursos o como defensa de sus territorios. La evidencia acumulada en este proyecto señala que el deterioro de la salud se precipitó con los cambios ecológicos provocados por nuevos asentamientos. Esta idea no es nueva para los antropólogos físicos, pero pocos de ellos la han desarrollado en sus trabajos. Este es el primer estudio que permite que los patrones de subsistencia y de urbanización compitan estadísticamente como hipótesis de trabajo, junto con otras variables que han mostrado su influencia en la salud. De manera general el proyecto mostró que la salud se deterioró en varios aspectos al tiempo que las poblaciones nativas de América se asentaban en nuevos nichos ecológicos.

En sí todos los trabajos son por demás interesantes, principalmente por la creatividad con que fueron diseñados y las implicaciones que tienen en el conocimiento del pasado de nuestras poblaciones autóctonas.

No cabe hacer una descripción más detallada del contenido de los capítulos de este libro, creo que es una obra trascendental para el conocimiento de las condiciones de vida de las poblaciones antiguas y a la vez, un libro obligado en la biblioteca de los colegas dedicados al estudio de este tema.

*Patricia Olga Hernández Espinoza*